

La despedida del centauro

Gagui Castro³

El ruido del candado resuena en mi cabeza. Una, dos, tres veces y luego de ello, pierdo la cuenta de cada uno de los golpazos que hace temblar mi casita de cartón. Siempre a las 9 p. m. llega el centauro.

Desde la esquina se oye su galope brutal y su voz ronca que aún pertenece a una naturaleza semi-humana. Se acerca a la puerta y comienza a llamarme.

Que le abra, me dice.

Yo no quiero dejarlo entrar.

Constantemente me exige estadía y entrega total. Quiere banquete, inmediatez. Que le sobe las pezuñas y le unte la espalda con mis lágrimas. Que baile al ritmo de sus maldiciones y me someta a transformaciones terribles. Que sea cualquier cosa que a su mente se le venga en gana; cualquier cosa que a menudo no parece una mujer.

¡No puedo soportar otra noche más! —me exijo a mí misma—. Pero esta frase ya me parece haberla dicho. Sin embargo, cuando el miedo me consume opto por entregarme a la cobardía.

Los centauros, bien sabemos todas, son parte humana y parte animal.

Humana porque usa la razón. Es inteligencia, labia.

Animal porque usa el instinto. Es violencia, celos.

3 Guayaquil, 1991. Actualmente cursa el quinto semestre de Literatura en la Universidad de las Artes. Es instructora del proyecto "Cuentos & Utopías", que realiza una labor comunitaria y literaria dentro de planteles escolares. Es escritora del colectivo LitedrawArt.

No sé... quiero creer que una vez en el pasado, el centauro fue completamente un hombre y que fue esa figura de juicio y entendimiento, la que verdaderamente me convenció y no aquella beligerante bestia que se engrandece entre cada una de las ocultas caras lunares de las mujeres que le susurran.

Todas ellas le abren la puerta, pero yo no quiero dejarlo pasar.

El candado, entonces, ante la inconcebible espera, truena contra mi puerta con una potencia desaforada. Su ciclo infinito destempla mis sentidos y me despoja de toda vitalidad.

Mi pared de cartón comienza arrugarse. Se contrae ante las incalculables sacudidas del macho.

Yo sigo inmóvil. Involuntariamente temblando, sintiendo que mis destellos de valentía o ensimismamiento me llevarán esta vez a la muerte. Porque negarme, anteriormente, me ha costado moretones, cicatrices y ecos tormentosos que cuelgan como aretes en mis oídos.

Un quejido sale de mis labios y, extendido como múltiples copos de hielo, me lastiman con un punzante frío. Mis convulsiones, con cada estremecimiento, parecen irse con mi vida.

Agarro con fortaleza tres amados peluches. Estos me los regaló aquel centauro cuando estrenó conmigo su disfraz cortés.

A ellos, coloridos, afelpados, que se hallan ahora inertes, los abrazo con una fingida sonrisa que inútilmente intenta oculta el terror.

Una vez, uno de ellos me contó una historia sobre una mujer que nació con el poder de crear mundos felices. Una habilidad que, para desgracia de tal personaje, solo aparecía cada vez que encontraba la desgracia. Otra de ellas, con carácter más recio, me susurraba cada día que envenenara a la bestia... pero, jamás tuve el temple para hacerlo.

El tercero siempre fue callado. Mi mente lo recuerda acariciándome la espalda o rellenándome los odios con algodón cuando la situación lo ameritaba.

La puerta continúa sacudiéndose...

Yo permanezco inmóvil.

Los relinchos del centauro exacerban con furia desmesurada. Todos los vecinos, invocados por el escándalo, asoman con rostros morbosos llenos de suspenso, burla y curiosidad.

Yo, dentro de mi casucha, me muerdo los labios y cierro los ojos para no confirmar que de tanto estrujarlos, les estoy sacando el relleno a mis acompañantes. Espero que no sea así, porque no quiero convertirme en él.

Los peluches siempre fueron despreciados por su ira. Y no es porque los haya odiado alguna vez. Pienso que ellos lo hacían más débil, dócil. Que sus colores y su suavidad asustaban a la bestia que se resistía a dejar de existir.

—¡Maldita sea! ¡Abre esa puta puerta! —ordena.

Yo tirito de horror y el estómago se me zaran-dea con unas amenazadoras náuseas.

Sus pezuñas se abalanzan nuevamente sobre el portal. Cinco, nueve, doce veces. El cartón que conforma la entrada de mi hogar se dobla en dos, cuatro y hasta seis partes. ¿Por qué no permití que mi casa fuese hecha de un material más resistente?

Gracias a dios, la pared no se divide. No obstante, la bestia aún sin poder entrar y aún sin respuesta mía, opta por buscar otra forma de encontrarme.

Empieza a merodear varias alternativas. Salta a los tejados y olfatea las esquinas.

Si logra ingresar, me matará.

Entonces, alterada, hago un esfuerzo para mover mi pesado cuerpo de elefante y arrastrando los

peluches, me adelanto para cerrar con seguro todas las ventanas. Relleno con medias todos los agujeros que las cucarachas y los ratones han hecho, y apago las luces de la habitación. No hay más rayo de luz en esta casa que mi consuelo.

Me escondo bajo una solapa de la caja y coloco bajo mi pecho a los peluches. Espero que el peligro se disipe y en medio del tormento, ruego por la petición de un auxilio por parte de mis tres acompañantes. Quisiera tan solo poder volver a oír la voz que perdieron. El centauro hunde con su peso la techumbre, golpea sus herraduras contra el zinc. Se acerca. Sus gruesas manos callosas color canela van apartando las verdes y largas hojas del árbol que cubre la ventana.

Yo oigo sus dedos sobre la pared de la habitación donde me hallo. Mis dientes crujen.

Me vuelve a llamar fingiendo una tregua, pero desdichadamente un vecino, desde el otro lado de la calle, le dice que me he rebelado. Entonces sujeta las rejas y las bambolea con fiereza. Me digo que no, que no puedo, —a estas alturas de los hechos—, dar mi brazo a torcer y excusarme por haberme quedado dormida. Me digo que han sido casi dos décadas bajo su esclavitud, que debo ahora sublevarme.

Las imágenes tortuosas de un pasado violento retornan con cada ultraje al cartón. Y he allí que en mi cabeza aparece uno de los tantos dramas: la escena de un pacífico desayuno familiar. Sillas llenas, cucharillas puestas, huevos recién hervidos, panes tostados y... un batido de moras. Moras... él me las había pedido, pero yo no las encontré en ninguna tienda. Ingenuamente, nunca creí que llevar frutillas para un batido tan cotidiano constituiría una ofensa.

Aquel acto de "independencia" aún me obliga esconder una profunda cicatriz en el rostro con

maquillaje.

Yo... ya no logro recordar su entrañable forma de amar. Y así, me cuestiono muchas veces si alguna vez existió aquel hombre que hoy es esta bestia, este centauro iracundo. Sí, me cuestiono, me propongo descubrir si alguna vez amé a este ser o si fueron mis miedos de quedarme sola los que actuaron.

—Ábrele, por favor —suplica. Entonces, la voz que esperaba oír se suelta a mi alrededor. Resignada y atemorizada, parece venir de parte de la osita de peluche.

—¡No! ¡No lo hagas! —A diferencia de la osa, con voz fuerte, la siempre pendenciera coneja se rebela. Ella, muy a menudo, me da fuerzas. La coneja es una eterna amante de la libertad.

El tercero de los muñecos, por su lado, mantiene una enigmática sonrisa. Esa que me enseñó mi madre.

108

Mi padre, en lo que me queda de mi memoria, fue perfecto. Pero, quizás para mi madre, él estaría lejos de alcanzar ese adjetivo. Sé que el centauro no siempre fue o quiso ser malo. Está poseído por su instinto como yo lo estoy por el miedo. Pero hay grandes cruces que uno no debe cargar, que se deben negar, que se deben evadir.

¿Será que yo lo he transformado en esto? Nunca fui una mala mujer. Pero... ahora que lo pienso, ¿alguna vez he sido una mujer?

Retomo con dificultad la gota de aire que guinda en mi pulmón izquierdo y aunque mis rodillas zigzaguean, vuelvo a poner sobre mi regazo a mis peluches y me arrimo a la pared para hallar equilibrio.

Con los ojos demacrados tambaleo hasta la ventana para encararlo. Desde mi cercanía puedo ver su sombra y los puños que golpean las rejas. Entonces, desde el alcance de mi visión —cintura

para arriba—, solo advierto su parte humana... aquella parte que me convence de que es un hombre. Un ser que huye al igual que yo.

¿Ambos tendremos miedo?

Somos iguales, me repito hasta el cansancio. Yo no debo espantarme, entonces.

Me acerco a la ventana y mi imagen llama su atención. Alza los ojos desorbitados y me observa. Yo me quedo quieta y firme. Él, de igual manera, parece tener el mismo sentimiento.

Tragamos saliva y parpadeamos lentamente. Pero no, él no encontró lo que quería. Su verbo, antes capaz de hechizarme, ya carecía de poder sobre mí. Puse mi mano sobre el vidrio y le dije con voz indeleble que este no era su hogar.

Entonces, sin hacer ya nada más, se dio la media vuelta. Las hojas del frondoso árbol que extiende sus ramas hacia mi casa, volvieron a cubrir de lleno la ventana. El sonido de aquellas pezuñas trotamundos comenzaron a sonar más lejanas.

¡Se ha ido!, me dije.

Yo me he levantado contra él. Por primera vez le he dicho que no. Por primera vez pienso en mí. Y ante ello, dentro de mí misma se confabula un nuevo y reciente miedo: Yo no conozco esta nueva forma de ser y le tengo pavor a la bienvenida de esta libertad. Digo, ¿es esto ser mujer?

Bajo la mirada y me hallo sola. Tan sola como cuando lo conocí.

No sé si vendrá nuevamente como solía hacerlo.

Abro la ventana y sin creérmelo, reviso el panorama.

Ya no está.

—¡Se ha ido! —aseguro un millar de veces. Las lágrimas corren por mis mejillas y el llanto baña a mis peluches, quienes van, poco a poco,

tomando su antigua forma carnal. Van reviviendo en otros cuerpos. Entonces, posando sus pequeños pies sobre la pobre casa de cartón maltrecho, me dan alientos, me dicen que ahora iniciaremos una nueva vida.